

se fastidiaba esperando la ocasión de atacar al enemigo que no daba señales de vida.

Por fin, á eso de las dos y media de la mañana, el prefecto y los compadres decidieron recoger la ronda y esperar otra oportunidad.

Salomé permaneció tras de la ventana toda la noche, y al notar que el día despuntaba ya, se retiró á su habitación, no sabiendo á qué atribuir aquella extraña desaparición de Gómez.



## CAPÍTULO IX.

DON MÁXIMO NO ABANDONA EL GRAVE  
PROYECTO DE AVERIGUAR  
LO QUE PASA.

**P**ASARON seis meses sin que los dos compadres volvieran á ver á los ginetes misteriosos; el prefecto tuvo á solemne embuste la denuncia, aunque los compadres habían visto con sus propios ojos á los ginetes, habían oído hablar á Gómez con Salomé, y no les cabía la menor duda de que se trataba de un rapto.

Los dos compadres entraron en sosiego por algunos días en materia de espionaje y

cuidados ajenos, hasta que una noche don Máximo, que era el más afecto á saber lo que pasaba á los demás, notó que en la susodicha calle de las ventanas, había, no cerca de una de éstas sinó del zaguán, un bulto que parecía recatarse.

—¡Nuestro hombre viene á pié para ocultarse mejor! exclamó muy contento D. Máximo, creyendo haber hecho un importante descubrimiento.

Se puso á su vez en acecho, y después de media hora de observación, acertó á pasar un vecino por allí.

—Vecino, le dijo D. Máximo, hágame usted favor de decirle á mi compadre D. Antonio que aquí lo estoy esperando para un asunto de mucha importancia. ¡Por vida de usted, vecino!

—Voy á verlo, contestó el vecino con flemático tono; aunque no sin encontrar altamente misteriosa la cita.

D. Máximo siguió escuchando.

El bulto negro permaneció inmóvil en la puerta.

Al cabo de un rato apareció D. Antonio.

—Compadre, le dijo D. Máximo.

—¿Qué tenemos?

—Que nuestro raptor está á pié; y ahora nos será más fácil pillarlo.

—¿Es posible?

—Mírelo usted, compadre.

—No se ve nada, dijo D. Antonio apurando la vista.

—¡Cómo! ¿No es un bulto negro que se esconde tras el dintel de la puerta? ¿Lo ve usted?

—Sí, sí, algo se nota. ¿Pero está usted seguro, compadre, de que ese bulto es el del raptor?

—¡El mismo! ¡estoy seguro, segurísimo! Y esta es la ocasión propicia de probarle al prefecto que no lo engañamos y que cuando le hacemos una denuncia tenemos en qué fundarnos.

—¡Tiene usted razón, compadre! y supuesto que está usted tan seguro voy á avisarle en el momento al prefecto que disponga la gente.

—Sí, compadre; nada más que ahora la ronda en vez de esperarse, entrará á lo largo de la calle por la parte de allá y nosotros también entraremos por la parte de acá al mismo tiempo.

—¡Y lo encorralamos!

—¡Y le damos el alto!

—¡Y nos desengañamos todos!

—Pues no pierda usted tiempo, dijo don Máximo.

Apenas se hubo desprendido don Máximo de su compadre cuando don Antonio notó que el bulto en cuestión se había movido y echaba á andar á lo largo de la calle, en dirección de donde estaba don Máximo.

Este se recató lo más que pudo, pero sin perder de vista el bulto.

Pero ¡cuál sería la sorpresa del compadre cuando notó que el bulto aquel era una mujer!

—Ha de estar disfrazado, exclamó; voy á seguirlo.

Y efectivamente se puso en su seguimiento. Era una mujer, y llevaba algo cuidadosamente cubierto en los brazos.

Don Máximo la dejó pasar afectando disimulo, y como se proponía no seguir á aquella mujer á corta distancia, esperó que se alejara para observar de lejos sus movimientos.

La mujer misteriosa en llegando á la esquina en donde estaba don Máximo, tomó otra calle á su derecha y cortando después por otra, llegó casi á despoblado.

Don Máximo apretaba el paso porque la noche era oscura y temía por momentos perder la pista en una de tantas vueltas como daba la mujer aquella.

Cada vez más impaciente, D. Máximo se propuso acercarse á la mujer y desengañarse definitivamente de quién era y qué asuntos la traían á las vueltas á aquellas horas y por los suburbios del pueblo.

Tomada esta resolución avivó el paso, lo cual sentido que fué por la mujer, echó á correr y don Máximo en su seguimiento; pero la misma agitación de la carrera no le dejaba ver los movimientos de su perseguida que corría con más velocidad

que don Máximo, hasta que por fin desapareció.

A cierta distancia se dibujó en tierra una ráfaga de luz que deslumbró á don Máximo pero siguió corriendo; no veía ya á la mujer, pero en cambio le pareció oír distintamente el llanto de un niño.

Don Máximo se paró jadeante.

—¡No me cabe duda! exclamó; eso que ha gemido ha sido un niño ó un tecolote: la noche se presta á todo y bien puede ser lo uno ó lo otro. Recapitulemos: La mujer escondía algo y huyó cuando la seguía; estos son dos datos en favor de la idea de que sea un niño y no un tecolote lo que ha gemido.

Se proyectó una luz, luego se abrió una puerta; desapareció la mujer, luego la mujer entró al mismo lugar de donde salió la luz; á la sazón lloró un niño, luego era un niño lo que llevaba la mujer y no un tecolote, á quien le hubiera faltado la espontaneidad que estos animales necesitan para gemir.

De todo esto se infiere claramente que

de resultas de lo del ginete que hablaba al través de la ventana, aparece una noche un bulto en el que llevo á reconocer á una mujer, cuya mujer espera un niño, cuyo niño no puede ver nadie, supuesto que la mujer no permite que yo me acerque: luego todo ello no es más que una infidelidad.

—¡Infidelidad, no cabe duda! ¿Pero de quién? ¿de criada ó de ama? ¡Hé aquí lo difícil de adivinar! ¡pero no! qué difícil....! Yo lo sabré.

Y diciendo esto, don Máximo echó á andar entregándose de nuevo á sus cavilaciones, pero ya cerca de su casa se acordó de que su compadre don Antonio en compañía del prefecto, debían haberlo buscado, y como mientras llegaban, él había tenido necesidad de seguir á la mujer, probablemente su compadre, pero más especialmente el prefecto, le tendrían por un visionario cuando menos.

Las calles del pueblo estaban completamente desiertas, y don Máximo encontró que por lo pronto lo mejor sería acostarse,

reservando para el día siguiente las explicaciones que debía á su compadre y al prefecto.

Muy temprano estuvo á verlo su compadre don Antonio.

—¡Válgame Dios, compadre, lo que ha ido usted á hacer anoche!

—¡Qué, compadre! si tengo muchas cosas que comunicarle.

—Ya me va usted escamando con sus noticias y sus descubrimientos, y lo que es en esta ocasión el señor prefecto no le perdonará á usted el chasco que le ha dado.

—Pero no ha sido inútil, porque he hecho un descubrimiento.

—¿Qué descubrimiento ha hecho usted, compadre?

—Que lo del ginete ha dado su resultado.

—¿Qué resultado?

—Un niño.

—¡Un niño!

—Sí, compadre.

—¿Y dónde está ese niño?

—Eso es lo que no puedo saber á punto fijo.

—Entonces.....

—Vea usted, compadre, al principio vacilé en si sería un niño ó un tecolote.

—¿Un tecolote?

—Sáqueme usted de una duda.

—Diga usted.

—¿No es verdad que para que un tecolote cante, es necesario que esté cómodo?

—Hombre, no lo sé.

—Pero lo que usted se figura.

—¿Por qué me lo pregunta usted?

—Porque yo creo que para que un tecolote cante ó lllore, porque yo no sé bien por fin lo que hacen esos animales; pues bien, para que el tecolote cante, es preciso que esté á sus anchas, parado en su respectiva rama y con todas sus comodidades, porque de lo contrario el animal en vez de entregarse á gemiditos de cierto género, graznaría ó arañaría según fuera tratado por una mujer.

—La verdad, compadre, dijo don Antonio, me está usted volviendo loco, no comprendo una palabra de todo eso que está usted diciendo.

Entonces don Máximo explicó detalladamente á su compadre todo cuanto en la noche había visto y oído, y quedaron por fin de acuerdo los dos compadres en que todo lo que hasta allí sabían, reconocía por origen un amor secreto, y un secreto producto que se había escapado á sus ojos.

El prefecto por su parte y á pesar de todas las explicaciones de don Máximo, se propuso no volver á dar crédito á sus denuncias y habladurías.

Estos dos compadres «eran así.»

Don Máximo no podía resistir al misterio; averiguar lo que no le importaba era su pasión dominante; hubiera caminado al fin del mundo en pos de un asunto misterioso; encontraba un extraño y caro placer en averiguar los asuntos ajenos, en sorprender secretos que no le podían confiar, en interiorizarse de hechos que no le atañían; y en una palabra, don Máximo había venido al mundo para ver lo que hacen los demás.

Su amistad con don Antonio no tenía otro origen que la curiosidad: desde el mó-

mento en que supo que don Antonio era curioso, estrechó con él sus relaciones, y de la noche á la mañana é incesantemente, don Máximo no se ocupaba sino de aquello que menos relación tenía con su persona: hacía apuntes, consignaba fechas, y llevaba la crónica del pueblo con toda la exactitud del más laborioso compilador.

A don Máximo le debemos los apuntes de esta historia, en la que nos permitimos dar un lugar al mismo compilador, reservándole en esto una sorpresa para cuando este libro llegue á sus manos.

Pero con la confianza de que no podrá desmentirnos, no hemos vacilado en describirlo como tipo curioso, y porque en realidad don Máximo es sin disputa una de las gentes «que son así,» y que por lo tanto no se puede eximir de figurar entre las figuras que alumbra nuestra linterna.

---